

XXIV CONCURSO POZÓN DE LA DOLORES

TEXTOS PREMIADOS

PRIMER CICLO (Modalidad relato)

Primer premio (ex-aequo)	<i>Diario de un ángel</i>
	<i>Melodía de robot</i>
Accésit	<i>El sueño de David</i>

DIARIO DE UN ÁNGEL

Sofía Elena Stefan

Había una vez... ojalá mi historia empezara así, pero es imposible, no vivimos en un mundo de príncipes y princesas. Empezaré de nuevo, soy Hind, vivo en Ghaza y he empezado este diario porque, bueno, porque es lo único que puedo hacer en estos momentos. Mi madre dice que es una pérdida de tiempo, pero yo no la creo. Hoy me he despertado pronto al escuchar la voz de mis padres, estaban preocupados. Al preguntar por qué estaban tan preocupados, ellos me respondieron que la guerra estaba empeorando mucho, y que hoy íbamos a huir. Mi madre me dijo que me vistiera rápidamente y bajara a por el desayuno, probablemente lo último que podría comer durante un tiempo. Me explicó que yo iba a ir con mis tíos, y que ella y mi padre irían en otro coche.

Subimos al coche y mi tío buscó rutas seguras para huir del país, yo estaba conmocionada, no quería dejar a mis amigos atrás, además, acababa de pasar a primero de primaria, y lo más seguro era que iba a empezar sin ellos. Íbamos hacia el barrio Tel-al-Hawa cuando escuché un estruendo a mi derecha, allí había un enorme tanque. Mis primos comenzaron a llorar, mi tía comenzó a rezar y mi tío soltó una maldición, yo lo único en que pensé fue en mis padres. Miré por la ventanilla y aterrorizada vi como aparte del tanque, un montón de

militares se acercaban, busqué con la mirada a mis padres, pero ellos no estaban, no había ni rastro de su coche.

Angustiada llamé a mi madre, pero no hubo respuesta, llamé a mi padre y lo mismo, solo se escuchaban los pasos de los militares acercándose. Ya llevo escribiendo un buen rato, no tengo ni idea de que hacer, mis padres siempre me han dicho que soy más inteligente que los demás, pero ahora lo único que siento es que estoy perdida.

Lo que pasó después de llamar a mis padres es duro de contar, pero en momentos de desesperación como este, es lo único que soy capaz de hacer, me alivia. Los militares se acercaron poco a poco, mi tío nos rogó que guardáramos silencio, así que mis primos entre sollozos se tranquilizaron y yo, con los ojos llorosos me acorruqué en el asiento esperando que todo fuera una dura pesadilla, esperando poder despertar y olvidar todo, pero no fue así. Se oyó un balazo y mi tía soltó un desgarrador grito que se me quedó grabado en la cabeza, mi tío la abrazó susurrándole que todo iba a salir bien, mis primos estaban temblando, yo en mi estado, lo único que hice fue mantener silencio, no era capaz de pronunciar una sola palabra. Otro disparo y mi tío se desplomó, mis tíos habían muerto juntos, abrazados, y yo lo presencié todo... noté una presión en el pecho, tenía ganas de gritar y llorar, pero algo me lo impedía. Mis primos al ver desmoronarse todo lo que amaban perdieron su silencio y llorando, también su vida.

Por suerte, los militares se retiraron y escuché sus burlonas risas, sus pasos...Tengo miedo, por muy lista que sea y por muy bien preparada que esté por la escuela, nadie me ha enseñado que hacer en estas situaciones. No sé si salir del coche, mejor dicho, lo que queda de él, o llamar al 112 con el móvil de mi tío, tengo miedo, mucho miedo. He decidido llamar, pero está anocheciendo y tengo miedo a la oscuridad, ahora mucho más por lo que ha sucedido con mi familia. Ya he llamado pidiendo ayuda, los médicos han dicho que van a acudir pronto, pero yo temo que el ejército no les permita venir.

Van pasando las horas y yo ya he perdido mis esperanzas, además, en la lejanía se escuchan bombardeos y disparos. Cada vez que escucho uno, temo que más familias pasen por lo que yo estoy pasando, lo que no entiendo es porqué al ser inocente tengo que sufrir los errores que los políticos cometen, es decir, los políticos dicen que ellos son la salvación del país pero mi madre dice o decía, ya no sé qué decir de ella, que, tras una campaña, pretenden

ocultarnos cosas. Acabo de escuchar un ruido...si lo logro, seguiré escribiendo. Menos mal, lo que escuché es mi salvación, son los pasos de dos doctores, voy a esperar a que lleguen hasta mí, aun no estoy segura de que me vayan a salvar. Odio lo que la guerra ha hecho de mí, ahora desconfío de todos. Tras unos minutos, no escucho nada, miro a través de la ventana y se me parte el corazón, los médicos están rodeados, todas las armas apuntan a ellos...

Soy la madre de Hind, acabo de encontrar este diario en las manos de mi hija, he conseguido llegar hasta ella y los médicos, pero desdichadamente llegué demasiado tarde para todos ellos. Si algún día me reuniré con mi amada hija, allí en el cielo, deseo poder entregarle su diario, y hacerle saber que la amo, la amo de verdad. También quiero explicarle que este diario no es una pérdida de tiempo. Estoy destrozada, no me voy a perdonar haberla dejado sola, debería haber sido yo la persona que iba a rescatarla. Si alguien está leyendo este diario, sabe que todo lo que ha pasado es real... el sufrimiento, los disparos, el dolor, la guerra continua y yo no puedo frenarla.

Este diario ha sido redactado en el enero de 2024, por las manos de mi hija Hind, en deseo de hacer saber a la gente, el dolor y sufrimiento que provoca la guerra, y si alguien es capaz de frenarla, por favor que lo haga.

En recuerdo de Hind Rajab, niña perdida en la guerra

MELODÍA DE ROBOT

Nicolás Ibáñez González

El gnomoide corría. Cualquier observador minucioso habría determinado sin mucha dificultad que huía de algo. Alguien normal lo vería como a un gnomo metálico, pequeño (no mediría más de noventa centímetros) y asustado. Pero, para cualquier mercader codicioso, era una máquina cubierta del más precioso y valorado de los metales conocidos por humanos. En una mano tenía agarrada con fuerza una flauta y, colgado a la espalda, llevaba un laúd.

El comerciante y su perro corrían. Cualquier observador minucioso habría determinado que perseguían algo. Alguien normal vería al hombre como a un mercader dándose prisa por llegar a la aldea más cercana antes de que la noche lo engullera. Pero cualquier persona que pudiera mirarle a los ojos vería reflejada en ellos una codicia ilimitada. Tenía un cuchillo en el cinturón y, frente a él, su enorme perro de caza le guiaba en la persecución.

El gnomoide corría. Tropezó. Se levantó y siguió corriendo. Oyó, no muy lejos, las pisadas de su perseguidor y se escondió tras una piedra intentando no hacer ruido, sin mucho éxito. No paraba de temblar y su cuerpo metálico producía un ruido chirriante al rozar con la roca sobre la que se mantenía en equilibrio. Se dejó caer y se sentó. Se escuchó un ladrido no demasiado lejos. Si fuera capaz de hablar, habría gritado. Por un brevísimo instante, pensó en rendirse, pero recordó que debía encontrar a su creador y amigo, así que se levantó y siguió corriendo.

Saltaba, corría, esquivaba troncos y tocaba música. Su composición se construía únicamente en torno a su laúd. Para alguien normal, la melodía sería una canción únicamente instrumental, pero él y su creador, podían comunicarse a través de los acordes y así, cada obra escondía un mensaje. Ésta hablaba sobre el viaje que el gnomoide había hecho buscando a su amigo pese a no saber si le había abandonado. Contaba como había visto, durante una actuación en un pueblo, a un mercader y describía la expresión de sus ojos. Relataba la carrera que ahora mismo emprendía huyendo del comerciante y su perro.

Tocó una nota y se le cayó al suelo la flauta que aún agarraba. Corría tan rápido que, cuando se detuvo, la flauta estaba varios metros más atrás. Se escuchó otro ladrido. Nadie habría regresado en una situación de vida o muerte para recoger una vieja flauta de madera, pero esa no era una flauta cualquiera. Retrocedió y cogió la flauta, entonces el perro le arañó la coraza metálica. No sintió el dolor y de un salto se incorporó y se escabulló entre los árboles metiéndose entre las raíces de un gran roble. Se acurrucó, oía la respiración del inmenso can que se acercaba. Con mano temblorosa se acercó la flauta a la boca como tantas otras veces había hecho al sentirse nervioso, pero el aire no salía de sus inexistentes pulmones y no consiguió reproducir sonido alguno. Recordó el día en que su creador desapareció.

Era por la mañana cuando, automáticamente, salió del modo sueño. Sonriendo miró la cama donde siempre se despertaba Robamiel, pero allí no había nadie. Supuso que seguramente había ido a dar un paseo matutino y decidió esperarle en la mesa del desayuno, pero al ir a sentarse vio algo sobre su plato. Era un paquete envuelto en un papel rosa. Por la forma dedujo lo que aquello era. Lo cogió y lentamente lo desenvolvió. En efecto, era la inseparable flauta de Robamiel.

Una garra atravesó la corteza podrida del árbol y le golpeó. El perro hizo más ancho el agujero con las patas y agarró al pobre gnomo con las fauces. Volvió a hacerse con el laúd y tocó una canción que le había enseñado Robamiel el día que les acorralaron unos lobos. El efecto fue casi inmediato. El can aflojó las fauces y se cayó al suelo, rendido ante la relajante música que resonaba en sus oídos. El gnomo escuchó al mercader llamando a su perro y emprendió la huida. El comerciante insultó a su sabueso y se oyó el restallar de un látigo. Al gnomoide se le habría escapado una lágrima de haber podido producirlas. Riñéndose a sí mismo, regresó para ayudar al perro. Se interpuso entre el can y el mercader antes de que este último volviese a alzar el látigo.

— No eres muy listo al venir tú a buscarme — tenía una voz fría y chirriante. —Y tú, —dijo dirigiéndose esta vez a su mascota— no vuelvas a dejar una presa o te las verás conmigo. Alargó una mano enguantada y cogió al gnomo. Se marcharon hacia la carreta mientras el comerciante susurraba:

—Veamos, creo que sacaré quinientos doblones por el metal—. La comisura de su boca se torció codiciosamente.

Una vez allí, el humano arrojó al robot dentro de una jaula de hierro. El perro, se quedó tumbado junto a la cárcel mirando al gnomo durante largos periodos del viaje. Como si lo vigilara, o como si agradeciese algo. El mercader conducía la carreta por el bosque, rumbo a la enorme e importantísima ciudad de Oñailam. Se detenían solo para que el humano y el perro comiesen lo necesario. Un largo día de viaje, el gnomoide, decidió tocar algo. Cogió su laúd y empezó a componer. La letra que solo él, un gnomo perdido, y los pájaros (que se comunican de forma similar) entendían.

*Un humano me ha apresado,
entre rejas estoy ahora,
tocando esta canción,*

mientras mi alma se rompe y llora.

*Buscaba a Robamiel,
debo encontrarle,
quizás me abandonó,
quizás tenga que auxiliarle.*

*Me quiere vender,
mal tiempo en mi cabeza,
pero no alcanza a comprender.*

*Que no voy a perecer,
aun en la tristeza,
a Robamiel encontraré.*

La carreta se detuvo y, desde la parte trasera, el encarcelado escuchó al mercader bajar. El humano no captó la letra, pero había oído la magistral melodía llevada a cabo con el laúd. — Creo que sacaré más de ti haciendo que toques en las calles que vendiéndote. Ven conmigo a la parte delantera y tócame algo bonito, anda. Abrió la puerta de la jaula y, hábilmente, el gnomoide, saltó y se escapó entre las piernas del codicioso comerciante. —¡A por él, chucho! — dijo el humano cuando pudo darse cuenta de la huida. El perro no se movió. —¡Te he dicho que lo atrapes! El can ni giró la cabeza. Cuando el hombre comprendió que no iba a obedecerle, se preparó él mismo para perseguir al robot. El perro se levantó y gruñó a su amo.

El gnomoide huyó en el bosque. Deambuló durante largas horas hasta que encontró una bifurcación de caminos suficientemente alejada del codicioso. Se sentó sobre un tocón y noto algo duro debajo. Lo cogió. Era una caja de música. La encendió. La composición era bonita. Y el mensaje estaba claro.

Robamiel no le había abandonado y ya, sin sentir el cansancio y sin dudar, se marchó por el camino de la izquierda.

EL SUEÑO DE DAVID

Manuel Diego Martín

David se levantó contento. Estaba de vacaciones y hacía sol. Eso significaba que podría salir a jugar al fútbol a su lugar secreto, un sitio donde nadie le molestaba, rodeado de naturaleza y con espacio suficiente para poder entrenarse para cumplir su objetivo: convertirse en un futbolista profesional como el gran Cristiano Ronaldo, su ídolo.

David vivía en El Alto de la Morcilla, en Revilla de Camargo. Pese a que estaba cerca del pozón de la Dolores, o pozón de los ingleses, como le llamaban los más viejos, nunca lo había visitado hasta que un día, por casualidad, se lo encontró de golpe. Estaba corriendo para ganar forma física y se metió por un camino por el que nunca había ido. Y de repente, se encontró con una gran poza llena de aves y rodeada de árboles. En ese momento, le pareció lo más bonito que había visto nunca y decidió que ese iba a ser su campo de entrenamiento a partir de entonces.

Todos los días, al volver del colegio, David hacía rápidamente los deberes para que su madre le dejase salir un rato a jugar con sus amigos. Pero lo que ella no sabía, es que en vez de ir a la plaza, cogía la bicicleta y se escapaba hasta el pozón, para practicar pases, regates, disparos, y todo lo que se le ocurría para mejorar su juego. Y así, todos los días. Solo descansaba cuando llovía mucho y su madre no le dejaba salir de casa. Esos días, se quedaba triste, echando de menos los gansos y otros animales que habitaban en la zona.

A medida que iba pasando el tiempo, David iba mejorando su habilidad con el balón. En el colegio y en su equipo, UM Escobedo, le felicitaban por su mejoría y es que él estaba decidido a cumplir su sueño y para ello, estaba dispuesto a trabajar duro. Así, día tras día,

David no faltaba a su cita en el pozón de la Dolores, entrenándose rodeado de laureles, encinas, robles y fresnos. Era tanta su pasión por este lugar que, poco a poco, David fue dejando de lado la pelota para dedicar más tiempo a observar cómo los árboles iban cambiando de color en cada estación, cómo unas aves venían en invierno y otras se iban... Poco a poco fue interesándose cada vez más por la naturaleza y concretamente por el pozón, por sus orígenes y cómo una antigua mina de hierro había terminado siendo un refugio para las aves.

Así, fueron pasando los años, y el interés de David por el balón fue perdiéndose en favor de la naturaleza. Cuando llegó a Segundo de Bachiller en su instituto, el Ría del Carmen, tuvo muy claro qué iba a estudiar en la universidad: se convertiría en biólogo para formar parte de la Fundación Naturaleza y Hombre y contribuir a preservar el Pozón de la Dolores, su belleza, su biodiversidad y mantener su valor ecológico para que otros niños como él, pudieran disfrutarlo en el futuro. Ese era su nuevo objetivo y aunque siempre recordaría las hazañas de 'El bicho', a partir de ahora estudiaría duro para emular a su nuevo ídolo, el padre de la Biología moderna, Charles Darwin.

PRIMER CICLO
(Modalidad poesía)

Primer premio (ex-aequo)	<i>Sueños de cristal</i>
	<i>Venga amigos</i>
Accésit	<i>El mar</i>

SUEÑOS DE CRISTAL

Sofía Elena Stefan

Los sueños, coloridos cristales de la Luna,
con el martilleo de las pesadillas se derrumban.
Frágiles, irisadas esquivas,
Representan la inestabilidad de la vida
Pues tras cada caída, hay que reconstruirlas.

Como las dos caras de una moneda,
Sueños y pesadillas se complementan.
La luz de la Luna, fulgentes cristales crea,
Dándoles esperanzas e ideas.
Si tan solo alcanzarlos pudiera...

Oh, hermoso astro plateado,
Muéstrame tus deseos más anhelados...
Playas, montañas y campos,
Los sueños crean paisajes inesperados
Y te sumen en tus recuerdos más amados.

Oh, hermoso astro plateado,
En el oscuro cielo estrellado,

Tú eres el atisbo de luz que estábamos buscando,
Dando vida y color a todo lo soñado.
Gracias a tí, mis sueños de cristal se han curado.

VENGA AMIGOS

Natalia González Saiz

Venga amigos, vengan a soñar
que hoy celebra la fiesta el mar.
Ven pez payaso, ven a jugar
con todos los niños en la fiesta del mar.
Ven pez flauta, ven a tocar
la música marina
que nos haga soñar.

La música tocando,
el ritmo así gozando,
la vida para disfrutar
con todos los amigos en el mar.

*Cantemos todos juntos,
cantemos sin parar,
que hoy es un día de fiesta,
es la fiesta del mar.*

Veleros navegando
ballenas jugueteando
nosotros cantando
todos soñando.

*Cantemos todos juntos,
cantemos sin parar,
que hoy es un día de fiesta,
es la fiesta del mar.*

Vamos todos a mover
las aletas y los pies,
todos juntos y felices
esta vida dulce es.
Mil burbujas crear
que nos hagan soñar.

*Cantemos todos juntos,
cantemos sin parar,
que hoy es un día de fiesta,
es la fiesta del mar.*

Nada conmigo amigo,
debajo del mar verás,
miles de formas y colores
que te hagan soñar.

Nada contento
nada feliz
allí descubrirás
un mundo sin fin.

*Cantemos todos juntos,
cantemos sin parar,
que hoy es un día de fiesta,
es la fiesta del mar.*

Yo quiero ver algo especial,
yo quiero nadar sin parar.
El mar me cuidará
Y nunca me dejará.

*Cantemos todos juntos,
cantemos sin parar,
que hoy es un día de fiesta,
es la fiesta del mar.*

EL MAR

Amaya Hoyos Susinos

Allí, a lo lejos, puedes observar
lo que conocemos como el mar.
Lo más bonito del horizonte,
rodeado de valles y montes.

Cuando es de tonos azulados,
el cielo está en él reflejado.
Si verde se ve pintado,
los que reflejan son los prados

Su fondo es bello y fascinante,
repleto de corales muy coloridos.
Muchos peces huyen despavoridos,
siendo por otras criaturas perseguidos.

El mar rebosa felicidad,

es donde hallamos tranquilidad.
Es un lugar para divertirse,
o para visitar si estás triste.

La mar no está muy explorada,
falta mucho por conocer.
Quién sabe que encontraremos
o que tesoros puede esconder.

Hasta aquí mi relato sobre el mar,
el más bello y misterioso lugar.
¡Cuántos secretos aguardará
este lugar tan especial!

SEGUNDO CICLO
(Modalidad relato)

Primer premio

El edificio rojo de la calle 40

Accésit

Sombras en la oscuridad

Cadenas perpetuas

EL EDIFICIO ROJO DE LA CALLE 40

Sofía Nieto Lagarma

¿Qué es el amor? ¿Y la amistad? ¿Acaso son lo mismo y no lo sabemos? O, tal vez, no sean lo mismo, pero estén fuertemente ligados. Porque, en mi opinión, donde hay amistad, hay amor, y viceversa. Y, si no hay amor, no es amistad verdadera. Puede ser aprecio, risas... Pero no amistad. Y, ¿se puede tener amor y estar solo a la vez? O, tal vez, ¿pareces estar solo pero no lo estás? La soledad y el amor son incompatibles. Puede parecer que estés solo, pero si tienes amor, nunca lo estás. Esas son las dos lecciones que me ha dejado la vida, la experiencia. Bueno, más bien, las de otros. Pero basta de hablar de mí. Sí, siento decepcionaros, pero soy uno de esos escritores que no se presenta, no da datos sobre sí mismo, no vengo a hablar de mí. Solo diré una cosa. Mi nombre es Tito. Puede que sea mi nombre real y puede que no. Lo dejo a vuestra elección mis queridos lectores.

Empezaré con una pequeña descripción de los que fueron mis vecinos en el edificio rojo de la calle 40, durante muchos años. Estaba Paco, un hombre alto, fuerte, rudo y mayor. Enfrente, vivía Manuel, su mejor amigo. Otro hombre grande. Los dos eran viudos y ya mayores y se reunían todas las tardes para jugar a las cartas. Por otro lado, tenemos a Carmen. Una mujer fuerte y muy trabajadora. Madre soltera, trabaja horas y horas para poder sacar a su hijo Pablo adelante. Él no vive con ella. Vive en un internado. Uno muy prestigioso y, por supuesto, muy caro. Más abajo, tenemos a Joselu. Nadie sabe casi nada sobre su vida. Vive solo y nadie sabe por qué. Tenía una permanente cara de tristeza y amargura, como si para desayunar hubiese hecho gárgaras con aceite de bacalao y vinagre.

Después, tenemos a Rodrigo. Estudiante de medicina, solo sale a la calle para ir a la universidad. Se pasa el día estudiando, solo descansa para comer y para dormir lo justo y necesario. Y, por último, tenemos a Marta. Ejecutiva, joven y soltera. Muy responsable y con el liderazgo en las venas. Su padre es militar.

Probablemente no os gusten las descripciones de este tipo, tan tediosas. Tal vez, no hayáis prestado la suficiente atención como para daros cuenta de un pequeño detalle que nos unía a todos los vecinos de ese edificio. Vivíamos solos. Pero, ¿también estábamos solos? Y hago esta pregunta porque muchas veces se confunde el vivir solo con el estar solo. Y eso no es necesariamente cierto. Así que la repetiré. ¿Estábamos solos? Esa es la pregunta del millón. Dejaré que vosotros la respondáis por vuestra cuenta al final de la historia. Sacad vuestras conclusiones, lectores, porque si soy yo quien tengo que hacerlo todo, la cosa no tiene gracia.

Don Paco, como ya he dicho, era un hombre muy imponente, pero todo lo que tenía de grande y serio, lo tenía de bueno. Solía visitarle algunas mañanas. Le hacía compañía mientras leía sus novelitas del oeste sentado en la terracita de su piso. Con la brisa de la mañana acariciándole el rostro, algo arrugado por el paso de los años. Pero yo abandonaba la casa a las dos, cuando el timbre sonaba. Era Don Manuel, que venía con la baraja española. A veces, las menos, me quedaba un rato y observaba. Observaba a aquellos dos hombres rudos jugar. Casi no hablaban, ni falta que les hacía. Sus silencios lo decían todo.

Cuando me iba de casa de Don Paco, a veces me pasaba a ver a Doña Carmen, cuando no trabajaba por las tardes. Ella sonreía al verme, mientras hacía las cuentas del alquiler.

Los sábados, a veces, rondaba por casa de Joselu, ya que ese era el único día que estaba contento. Hablaba durante horas con una mujer por teléfono. Tras un tiempo descubrí que era su hija. Al parecer su trabajo la requería en el extranjero y, por lo que llegué a entender, en un sitio bastante peligroso.

Los domingos, a veces visitaba a Rodrigo, que siempre agradecía la compañía. Logré agudizar tanto el oído en su compañía debido al profundo silencio, que llegué a distinguir el sonido entre un lápiz y un boli en los papeles de sus apuntes.

Y, por las noches, algunas veces cenaba con Marta, que siempre tenía algo rico para comer y una amplia sonrisa.

Una mañana cualquiera, decidí visitar a Don Paco, pero cuando entré en la casa, él no estaba. Me extrañó, él rara vez salía de casa, para hacer la compra y poco más. Pensé que habría ido a hacer un recado y me fui. Sin embargo, esa tarde, Don Paco seguía sin aparecer. Estaba en el hospital. Se había resbalado y se había roto una costilla. Don Paco pasó una buena temporada en el hospital. Desde luego, a mí me pareció larga. Don Manuel, estuvo algo mustio todo ese tiempo, pero, todos los días, sin faltar, a las dos de la tarde se presentaba en el hospital con su baraja. Los médicos ya se sabían su nombre y todo. No faltó ni un solo día en que Don Manuel no fuera a hacerle compañía a su amigo. Y eso que el hospital estaba lejos del edificio. Y eso que Don Manuel tenía la cadera floja y se cansaba mucho al andar. Y eso que Don Manuel no tenía coche. Él iba todos los días andando al hospital para que su amigo no estuviese solo; para jugar una partida de cartas. Recuerdo perfectamente el día en que Don Manuel ya estaba vestido para salir camino al hospital, estaba saliendo de su piso y, de repente, Don Paco apareció en silla de ruedas. Le habían dado el alta. Recuerdo que Don Paco se levantó y soltó una especie de gruñido, ronco. Don Manuel soltó otro. Después se abrazaron como se abrazan los hombres mayores, rudamente, con su palmada en la espalda. No hubo preguntas ni palabras. No hicieron falta. Se podía notar en el aire el amor que se profesaban aquellos dos amigos tras tantos años de camaradería.

Otro día a recordar en el edificio, fue el día en que entré en casa de Joselu y lo vi llorando como un niño, abrazado a una mujer joven, su hija. Había vuelto de visita de ese sitio peligroso en el que trabajaba. Y estaba bien. Y Joselu lloraba sin consuelo mientras ella se reía. Lágrimas de felicidad, de alivio... Y de amor, claro. Unos días después, ella se marchó. Pero, hoy día, Joselu espera con anhelo los sábados. El día de la semana en el que habla horas con su hija, y se asegura de que está bien.

No sabéis, queridos lectores, lo que es ver a una mujer día tras día, deslomarse para mantener a su hijo. Tener varios trabajos para poder pagar su educación, sus extraescolares... Y, además, sin poder verle a menudo. Su hijo, la visita en vacaciones, y trae felicidad y juventud. Saca las mejores notas, para que su madre sepa que su esfuerzo, merece la pena. Si fuese necesario, Carmen daría su vida y lo que hiciese falta por su hijo, y su hijo, también. Y decidme, queridos lectores, ¿acaso eso no es amor?

Rodrigo. El estudiante. Parece como si su enseñanza fuera la constancia, que también. Pero no es de eso de lo que quiero hablar. La enseñanza que él me dejó fue suya y de su hermano. Antes no he mencionado que el hermano de Rodrigo, Salva, lo visita todos los domingos. Se queda una media hora con él. Depende del momento del día o del año, viene con un uniforme u otro. Tiene ojeras. Trae táperes con comida para asegurarse de que su hermano pequeño se alimente bien. Llevan estando ellos dos solos desde hace muchos años. No sé por qué no tienen padres. Desconozco la razón, pero tampoco es que sea relevante para lo que nos ocupa. Lo que quiero contar es la razón por la cual tiene ojeras y tantos uniformes. Salva no pudo estudiar. Sin embargo, trabaja sin descanso para pagarle la carrera a su hermano, Y, a cambio, su hermano se dedica únicamente a estudiar. Saca una matrícula detrás de otra. Solo para la media hora que su hermano lo visita. Los dos sonrían, charlan... Y cuando se va, continúa estudiando, incluso con más ganas. Eso es amor, amistad, generosidad... Tantas cosas, que no se pueden explicar con palabras.

Y, por último, Marta. Como dije, su padre es militar. Pocas veces la visita porque vive muy, muy lejos. Sin embargo, se las arregla para que cada octavo día de cada mes (no me preguntéis por qué ese día, no tengo ni idea), le llegue una carta. La carta lleva un mensaje. "Te quiero, hija. Estoy orgulloso." Siempre el mismo mensaje. Parece una soberana tontería, pero no lo es. Marta siempre sabe que su padre se enorgullece de ella y eso le hace amar incluso más su trabajo. Vive sola, pero ¿lo está? No. Su padre siempre está con ella.

Y ¿yo? Porque, como dije, todos los vecinos de ese edificio teníamos en común el vivir solos. ¿Estoy yo solo? Bueno, yo los tengo a todos ellos, a los que están y a los que se fueron. Yo sé que no estoy solo, que tengo amor y amistad cuando alguno de ellos me acaricia el lomo, o cuando oigo un grito: "¡Eh Tito! ¿Quieres unas sardinas?"

Y hasta aquí mi historia, aunque, me acabo de dar cuenta de un pequeño detalle que se me ha olvidado mencionar al principio de la historia. Qué cabeza la mía. Me llamo Tito y soy el gato que vive en el edificio rojo de la calle 40.

SOMBRAS EN LA OSCURIDAD

Diego Vilanova Martín

Era uno de esos días lluviosos y fríos del mes de noviembre, alrededor de las 23:00 h, y me encontraba tomando una taza de café y leyendo el Daily News en la cafetería de Joe, la mejor que había en Chicago en el año 1930. Cuando acabé mi dosis diaria de cafeína, levanté la mirada para ver si amainaba la lluvia y podía salir rumbo a mi oficina, sin embargo, un Buick coupé blanco se detuvo ruidosamente junto a la puerta. De ese coche se bajó una dama alta y con un velo que la tapaba el rostro, se me acercó y me dijo: «*Jack, mi esposo ha desaparecido y me preguntaba si tú podías encontrarle ya que eras amigo de él*». A primera vista no la conocía, pero, al fin, caí; se trataba de la esposa de mi antiguo compañero, el detective Scott Cardigan. Scott y yo terminamos nuestra amistad debido a una riña sobre si debíamos resolver un caso o no; se trataba del asesinato de una familia entera, padres e hijos, pero era obvio de que se trataba de un ajuste de cuentas y que cuanto menos metiéramos las narices en estos asuntos mejor. Él se empeñó en resolverlo y fue ahí cuando decidimos separarnos y emprender cada uno por su lado.

La esposa de mi excompañero se mostró muy amable conmigo y me acercó con su coche a la oficina. Antes de bajar, le hice unas preguntas sobre si su marido tenía alguna enemistad con alguien y cosas similares que preguntaría cualquier investigador que se preciara de su profesión. Me respondía que no, pero yo me estaba temiendo que él quiso resolver por su cuenta aquel ajuste y acabó mal. Me bajé del coche y subí las estrechas y oscuras escaleras del edificio en dirección a mi espartana oficina, para allí recoger unas cosas e ir a la comisaría donde podría preguntar detalles sobre aquel asesinato. Cuando llegué, me dirigí a la mesa del teniente Brannigan, que se encontraba ahí y que me conocía de haber resuelto muchos casos con ellos. Después de un rato de conversación, le pedí que me llevara al archivo de los casos que tenían entre manos. Me sacó la carpeta y me la entregó, me advirtió que tuviera cuidado ya que una patrulla murió cuando estaban muy cerca de resolver el caso.

Sentado en el cómodo sillón de cuero beige que tengo en la oficina, me dispuse a leer con detenimiento el asunto de arriba abajo, intentando extraer cualquier mínimo detalle que pudiera darme una pista. Observando una de las fotos de los cuerpos sin vida en el suelo, me percaté de una tarjeta que estaba muy escondida en la que

ponía Luke Amos Conservera & Co. Supe que esa conservera se encontraba en el puerto del lago Michigan. Me puse mi gabardina gris, que me quedaba algo grande de hombros, a toda velocidad y cogí el primer taxi que pasó por la silenciosa calle. Una vez en la factoría conservera me decidí a entrar en el edificio. Tuve suerte, puesto que solo hay un día a la semana que hacen turno de 24 horas, y hoy era uno esos días. Dentro de ella le pregunté a un sucio y cansado trabajador dónde podía encontrar al capataz y este me señaló una cabina acristalada a mano izquierda. Subí las escaleras que se situaban delante del habitáculo, llamé a la puerta y el individuo apagó la luz. Se hizo un silencio que aterraría a cualquiera y, de pronto, una bala atravesó el cristal de la puerta. Este le propinó una patada y la puerta me aplastó contra la pared. Tendido en el suelo vi cómo huía hacia la calle. Afortunadamente, no me hizo nada y salí tras él. Digamos que no era una persona muy ágil puesto que ya me encontraba a su altura y de un gran salto me eché encima de él. Estando ya reducido contra el suelo me dispuse a hacerle unas preguntas sobre el caso pero no me estaba aportando nada de información y, justo cuando iba ya por la última pregunta, dijo algo que si quería oír: el padre de la familia asesinada era un ex empleado de esa conservera y no estaba en una gran situación económica y por eso apareció por ahí. Él, como no es nadie para otorgar trabajo, le mandó que hablara con el jefe y esa fue la última vez que le vio. La oficina del jefe se encontraba a dos manzanas, junto a un desangelado descampado dejado de la mano de Dios. Entré y junto a la mesa del jefe, que se llamaba Luke Amos, había dos matones de unos dos metros de altura cada uno. Luke me pidió que tomara asiento, me ofreció un puro y echó a los dos matones. Empecé de nuevo con mis preguntas básicas pero, a medida que iba avanzando e iba subiendo el nivel, el jefe, por así llamarlo, no paraba de estirarse el cuello de la camisa; sabía que estaba poniéndole nervioso ya que ese era el objetivo. Cuando formulé la siguiente pregunta: «¿Qué me puede decir de Scott Cardigan?», este me respondió gritando que el bueno de Scott se estaba metiendo en asuntos que no le concernían y tuvo que tomar medidas drásticas. Una vez respondió, puso la típica cara que pondría cualquier persona que sabe que ha dicho algo que no debería de haber mencionado. Estaba sacando los grilletes cuando me cogieron por detrás los dos gorilas, me levantaron y me tiraron contra el suelo, donde me propinaron muchas patadas y desde donde veía cómo Luke se ponía su americana, se ajustaba su corbata y se largaba. Cuando este se fue,

las dos bestias seguían pegándome, pero de repente recordé que tenía guardado en mi vieja y apolillada gabardina mi revólver Smith & Wesson, regalo de mi amigo el teniente; lo saqué y disparé contra uno de ellos, hiriéndole en la pierna. El otro se me echó encima y, forcejeando en el suelo, el arma se disparó. Ambos nos miramos y el gigantón se palpó el estómago, de donde un color carmesí brotaba sin cesar; se trataba de la peor herida posible puesto que era una muerte lenta y dolorosa.

Estando estos fuera de combate, decidí registrar el habitáculo por mi cuenta, mirando entre unos papelajos. Lamentablemente, leí la orden de matar a Scott y ocultar su cuerpo en las latas de conserva que ellos mismos producían. Estaba con una moral muy baja, regresaba a mi oficina alicaído, notaba cómo la fría lluvia impactaba contra mi cara y, girando la cabeza hacia una cafetería que tenía la música muy alta, divisé a Luke en el mostrador leyendo el periódico. Dentro de mi cuerpo sentía algo que me hizo ir a por él y, precisamente, de forma no muy amigable. Crucé la calle, abrí la puerta de forma brusca, Luke se giró lentamente con un arma en la mano y me disparó. Caí al suelo, él se levantó apuntándome con la pistola y me dijo que no soportaba a la gente entrometida. Mientras estaba hablando, metí la mano en el bolsillo; un golpe suave de gatillo hizo retumbar todo el establecimiento, este tiró el arma al suelo, cayó de rodillas y luego hacia delante. El dueño de la cafetería llamó a la policía, que se presentó en unos instantes. Afortunadamente, entre los policías se encontraba el teniente Brannigan, que me ayudó a entrar en la ambulancia. Con una sonrisa en la cara me felicitó por haber acabado con un personaje que estaba haciendo mucho mal y del cual nunca tenían pruebas suficientes para enviarle a presidio. Le pedí que llamara a la viuda de Scott para contarle que, tristemente, su marido había sido asesinado.

Después de toda esta investigación decidí tomarme unas vacaciones, ya que llevaba cinco largos años trabajando sin descanso.

CADENAS PERPETUAS

Ángela de Paz Ríos

Me levanto confusa. No sé dónde estoy. No recuerdo nada. Solo siento una fuerza que presiona mi cabeza. La gente parece ausente. Algunos lloran, otros gritan, hay una cantidad de caras de terror

preocupante. Pero no consigo encontrar el motivo. Consigo dar un paso, para ver qué sucede. Le pregunto a una señora que llora, me ignora. Pruebo con un señor con rostro petrificado. Mismo resultado. Entonces me doy cuenta. Todos miran hacia un punto fijo. Los imito. Miro hacia el objetivo de todas aquellas miradas. Grito. Mucho. Siento que se me desgarran la garganta. Veo un cadáver repleto de marcas y cicatrices sobre un charco de sangre. Veo mi cadáver repleto de marcas y cicatrices sobre un charco de sangre.

Yo. Mi cadáver. Inerte. Sin vida.

Tardo en reaccionar. ¿Qué se supone que ha pasado? ¿Cómo he podido terminar así? ¿Por qué? No recuerdo nada, y dadas las circunstancias, necesito respuestas.

Grito de nuevo. Nadie parece darse cuenta de que estoy aquí. Y allí. Sigo gritando, pero nadie me oye. Mi voz se va perdiendo en el aire. No entiendo nada. El dolor de cabeza continua, y ahora solo escucho ruidos confusos. Mi instinto me dice que no estoy soñando.

Está claro que no soy un fantasma, no creo en esas chorradas de críos. Esto es algo más oscuro. Paro de gritar y evitar hacerme notar. Total, ¿para qué? Esto me puede beneficiar en muchos aspectos. Podré acabar con mi misión. Está claro que nadie me puede ver, así que usaré eso a mi favor. Me abro paso entre la gente que rodea y llora mi cuerpo. Vuelvo al último lugar en el que recuerdo haber estado. La mugrienta y desaliñada herrería de aquel aislado y pobre pueblo. Sólo me queda registrar este lugar. Tengo esperanzas en encontrar aquí lo que tanto tiempo llevo buscando. Me dirijo directamente al horno, repleto de cenizas. La última vez que me deshice allí de un cuerpo fue hace semanas, así que, teniendo en cuenta que las cenizas siguen ahí, el dueño del local o es un descuidado con la limpieza o lleva sin aparecer por aquí un tiempo. No intentaré justificarme por aquel delito, simplemente ese hombre se puso entre mi objetivo y yo, y todo aquel que haya oído hablar de mí, sabe que eso es una sentencia de muerte.

Cojo un cepillo para quitar la suciedad del interior y meterme dentro. Curiosamente, es enorme. Aunque eso ya lo sabía. Este lugar había sido construido por mis antepasados. Y aquí escondieron lo que busco. Sigo con mi tarea, que no me lleva más de unos minutos. Entro en el horno, y busco algún saliente entre las piedras o alguno por el estilo. Una se mueve cuando la golpeo. Consigo quitarla de su lugar, y hacer el agujero más grande quitando también las rocas de alrededor. Tras ellas hay una especie de pasadizo. Cuando me

dispongo a entrar, escucho voces. Pero estas son distintas, las escucho claras. El hombre al que maté y quemé aquí esta frente a mí ahora mismo. Sigue teniendo las heridas que le hice para quitarle de en medio. Me mira con furia. Quiere matarme, lo noto en su mirada. Dudo que pueda matarle, dado que teóricamente, ambos ya estamos muertos. Decido seguir mi camino y adentrarme en el túnel. Ya me deshice de él una vez, no me importa hacerlo dos. Todo a su debido tiempo. No me sigue al interior. Cobarde. Una de las ventajas de estar muerto es que no necesito luz para ver. Veo perfectamente en la penumbra del pasadizo, e intento recordar cada detalle. Según el mapa que encontré hace años, al final del pasadizo, tengo que superar una prueba letal para poder entrar en una habitación repleta de antigüedades. La prueba la crearon mis ancestros para que solo fuera capaz de entrar alguien se lo mereciera. Y está claro que yo soy ese alguien.

Llego al final. Ni rastro de ninguna prueba. Recorro a la táctica de antes: mirar algún imperfecto sospechoso en la pared de roca. No hay suerte esta vez. Frustrado, golpeo la pared y me siento bruscamente en el suelo a pensar en una solución. Algo se me tiene que ocurrir. Me juego mucho como para fracasar ahora. Escucho un ruido. Lejano, pero claro. Debe ser que alguien ha derrumbado más piedras para entrar aquí. Será aquel desgraciado. Para mantener oculto el secreto, decido darme prisa. Noto que está más cerca. Y que viene acompañado. A pesar de lo largo que es el túnel, puedo percibir una luz. Vienen con fuego. Debo darme prisa. De repente, noto un ligero destello de luz cerca de la esquina. Un hilo. Tiro sin pensármelo dos veces. Se abre una trampilla donde estoy sentado y caigo. Se vuelve a cerrar el techo sobre mí. Escucho las voces de los intrusos, confusos. Procuro no moverme ni hacer ningún ruido para que no me descubran. Cuando por fin se van y consigo adaptar otra vez mis ojos a la oscuridad, sigo con mi búsqueda. Esa no era la gran prueba final. Tengo que estar preparado para que pase cualquier cosa.

Un estruendo me sorprende y me saca de mis pensamientos. El suelo está bajando poco a poco. O tal vez es el techo el que se aleja. Ante mí, salen de la oscuridad bichos asquerosos. Todos huyen de mí. Mejor dicho, de lo que está detrás de mí. Noto aliento cálido en mi nuca, el sonido de una respiración poco común y babas. O mocos, no sé seguro. Giro los ojos sin moverme lo más mínimo y lo veo. Una bestia enorme y furiosa a mis espaldas. Nunca he visto nada semejante: más de dos metros de altura, cara de perezoso, colmillos de morsa, ojos de búho, cuerpo de león, patas de elefante y cola de

anquilosaurio. Además, expulsa como una especie de sudor una sustancia viscosa, similar a una babosa. Corro todo lo que puedo. Hacía mucho que no sentía miedo. Y mucho menos a este nivel. Espero que esta sea la gran prueba final y no haya nada peor, pero en lo que tengo que centrarme ahora es en salir vivo de ese monstruo. Sea como sea. Pienso en matarlo, pero creo que pueda hacerlo con nada de lo que encuentre por aquí. Sigo corriendo. El pasadizo llega a su fin y noto que la bestia me sigue con pasos lentos, pero firmes. Por arriba. En el techo noto unas rocas flojas. Salto con los brazos en alto y las tiro. De un salto me cuelo en el agujero y vuelvo a correr por otro pasadizo. En este hace calor, lo cual me hace desconfiar de todo lo que me rodea. Siento que algo se rompe a mis espaldas. El suelo. El monstruo lo ha derribado al subir a por mí. El miedo invade de nuevo todo mi cuerpo, y me detengo estupefacto cuando, ante mí, encuentro un montón de flechas afiladas y cuchillos sobresalientes de las paredes. Como si fuera poco, estas están llenas de sangre y por el suelo hay huesos humanos. No soy el único que ha intentado superar esto, y parece ser que los otros no fueron muy hábiles. Empiezo a avanzar con cuidado pero lo más rápido que puedo. Aparto huesos a mi paso, que me obstruyen el camino. Al acabar, solo tengo unos rasguños y un corte en el brazo que me sangra, pero nada incontrolable. Al monstruo parece gustarle la sangre, porque escucho que resopla mientras se va acercando. En el momento en el que intento seguir mi camino, una bola de piedra cae detrás de mí y el suelo se inclina hacia abajo. La bola empieza a rodar, y mis piernas empiezan a correr a una velocidad sobrehumana. No veo el fin. Sigo corriendo, y puedo escuchar el ruido atroz de los restos humanos que están siendo aplastados por la bola mientras los dejo atrás. Afortunadamente, una pared se mueve y aparece una curva. Que liberación. Pero ahora el suelo vuelve a subir, y cuando me dispongo a subir, un grupo de murciélagos salen del interior y vuela en mi dirección. Me muerden, pero pasan de largo. Cuando empiezo a subir escaleras, noto un fuerte calor en los pies. Son rocas de lava, no puede ser. Decido subirlas, corriendo lo más rápido que puedo teniendo en cuenta las energías que me quedan, y pasados unos metros, se acaban las escaleras. Pero no la prueba. Ahora el suelo sigue inclinado pero en una cuesta. La roca sigue abrasándome los pies. Hay una cuerda colgada que no sé de donde proviene y el techo está repleto de pinchos afilados. Cojo la cuerda y empiezo a escalar. Esta tiene un nudo, al cual me puedo agarrar con los pies para descansar del calor proveniente de las rocas

del suelo, pero la cuerda es antigua y se encuentra en un estado lamentable, así que resbalo y estoy a punto de caer. Con el roce de la cuerda en mis manos, me las quemo y me hago heridas. Justo cuando me recompongo, el grupo de murciélagos vuelve a arrasarme, esta vez desde el otro lado, lo que me hace suponer que la bestia está cerca. La sangre de estas vuelve a llamar al monstruo, que avanza más rápido y sus zancadas, ahora más enérgicas, hacen que tiemble todo. Paso de la cuerda y de todo. Cojo impulso y corro por la cuesta hasta llegar al fin. Al vacío. El túnel se acaba y da lugar a un pequeño agujero entre las rocas de un acantilado. Abajo solo hay agua. Ya llego a escuchar la respiración agitada y los sonidos hambrientos del espeluznante ser que me persigue, así que sin pensarlo salto.

El agua salada me escuece en las heridas cuando caigo. Espero que el monstruo no se tire detrás de mí, si no, estoy perdido. Y lo veo. Un reflejo. En el fondo de aquella misteriosa masa de agua. Allí está, ante mis ojos. Aquello por lo que llevo luchando siglos. Salgo a la superficie un momento para coger aire, noto algo. No estoy solo. Lo sé, pero no sé ni quién me acompaña ni dónde está. Y eso siempre significa algo malo. Las aguas se empiezan a agitar, y al sumergirme, veo un banco de pirañas. Nado lo más rápido que puedo para conseguir lo que quiero e irme cuanto antes. Justo cuando lo voy a coger, alguien me clava una espada en la pierna izquierda. Más sangre, más peligros. Es el inservible que me intentó seguir antes, el que maté y quemé su cuerpo en el horno. ¿Cómo narices ha llegado hasta aquí? Forcejamos. Parece que busca lo mismo que yo, pero ¿por qué?

No es momento para buscarle respuesta a estas preguntas, así que me hago con el objetivo de la misión, y, cuando me dispongo a subir a la superficie y huir, una espada me atraviesa el corazón, de atrás a delante. Sin piedad. Una puñalada limpia por la espalda.

-Te dije que acabaría contigo en esta vida o en la otra.

Y lo siento. Dejo de sentir dolor, miedo, furia. Todo se evapora sin dejar rastro. Ahora no siento nada. Vacío. Tal vez esto es lo que la gente considera el final del túnel. Aunque no tengo claro si mi final es el de un túnel o el de una cañería. No creo que mi destino ahora sea tranquilo, y mucho menos feliz. Fui un ser despiadado que se merece todo lo malo que le ocurra. Iré al infierno. Estoy casi segura de que ya estoy escuchando los gritos y las cadenas. No me puedo quejar. Es lo que me toca. Me dejo llevar y noto que todo empieza a disiparse

ante mí. Ya no veo. Siento que floto. Oigo un ruido. Lejano, pero firme. Reconozco esa voz. Aquella con la que recuerdo haber pasado incontables horas. El mismísimo Satán me abre las puertas a su hogar.

-Bienvenido de nuevo, compañero. Esta vez has tardado mucho. ¿Encontraste lo que acordamos?

SEGUNDO CICLO
(Modalidad poesía)

Primer premio

Árbol sin hojas

Accésit

Versos a mi dama

Tus historias

ÁRBOL SIN HOJAS

Helena Lanza Oporto

En mi casa hay un árbol sin hojas,
es muy rugoso y siempre está seco
pero no importa el tiempo que pase
porque él sigue igual de bello.

En mi casa hay un árbol sin hojas,
ya nadie le presta atención
antes era muy amado
pero todas sus hojas perdió.

En mi casa hay un árbol sin hojas,
todo marchito está
muchos días me pregunto
sí un árbol todavía será.

En mi casa hay un árbol sin hojas,
antes su flora era abismal
pero nunca era suficiente
así que lo dejaron de regar.

En mi casa hay un árbol sin hojas,
sus raíces quería esconder
pero no contó con lo enormes que eran
y todos las pudimos ver.

En mi casa hay un árbol sin hojas,
mis padres lo quieren talar
me aterra que lo hagan
pues ellos nunca lo entenderán.
En mi casa hay un árbol sin hojas,
sólo un árbol es
pero a pesar de todo
todos necesitamos el oxígeno de él.
En mi casa hay un árbol sin hojas,
ya no toma la luz del sol
no mucho más le queda
para terminar con su dolor.

VERSOS A MI DAMA

Hugo Galán Sánchez

Cuando vano latido no valga ya sal,
Y aliento sea el vacío de mi voz,
Carne de cañón cuerpo errante será.

La noche atormente mi mente, agonía.
El día corrompa etéreo vivir.
Meloso dolor, sólo me hace sentir
Que en tus pálidos brazos yo amaría.

Hendida alma cual cadáver son sus ojos.
No lloro, sufro, amo; aguja divina,
Bala servil... ¿Importa cómo?
Termina Condena latente, fuera mis despojos.

Malditos entes, volátiles ignoran
Mentira punzante rozando la sien.
Ciegos de miel, emponzoñados no ven
Que la turbia marea gris los arrastra

Pero gracias a ti, sonría la suerte
A nuestros carmines rostros, trapos viejos.
Mi marfil Dama, bésame hasta la muerte.

TUS HISTORIAS

Leire Landeras Ruiz

Me prometiste historias,
con tus ojos ardientes
Con palabras valientes,
me quitaste penurias

En una nube vivía,
mi mente volaba en ella
En mi corazón dejaste huella
Pensaba que nunca caería

Flores me trajiste
Mariposas yo sentí
Y ahora que no estás aquí
Un juego veo que hiciste

Apareciste en mi vida
robaste lo que quisiste,
y sin avisar saliste

dejándome desierta

Me has dejado herida,
con el corazón parado,
los ojos apagados,
esperando una despedida

Yo no buscaba nada,
ninguna historia romántica
y ahora mi cabeza
en fantasías solo piensa

Grité y me culpé y lloré
Pero no porque te ibas,
No fue por tus historias,
Por un sueño incorpóreo fue

En mi sueño iba de la mano
de mi leal príncipe azul
Creo que la magia no es ful,
puede que sea todo en vano

Quisiera volver atrás
a cuando empezó este cuento
y decir "demasiado bueno,
para que sea verdad"

Quisiera poder olvidar
tus ojos hipnotizadores
y que tu nombre no cruce
mi mente a todas horas

Algún día volverás
a ser un extraño,
que pasa por mi lado,
y no miraré atrás

Todavía soy una niña,
con historias en la mente
sobre mentiras inocentes,
de caballeros llenas

BACHILLERATO Y CICLOS FORMATIVOS
(Modalidad narrativa)

Primer premio (ex-aequo)

Silencio

La vida es un espejo

SILENCIO

Lara Rodríguez Gutiérrez

El silencio es casi tan aterrador como el ruido que le precede. Personalmente siempre me ha inquietado, es casi como si el espacio se quedara en tensión, reduciéndose, encogiéndose lentamente hasta aplastarme.

Por suerte o por desgracia este no dura mucho, un pitido inunda mis oídos, una nota sostenida que parece no tener final y en mi boca el sabor a hierro anega el resto de mis sentidos. No puedo moverme, el esfuerzo de abrir los ojos me parece demasiado.

El tacto rugoso de la mano de Alice sobre la mía propia me saca súbitamente de mis pensamientos, aunque no es como siempre, sus dedos delicados descansan de forma desordenada, impropia de su inherente delicadeza.

Lucho con todas mis fuerzas por mover la cabeza hacia ella, pero no puedo, me ahogo lentamente mientras el aire se escapa de mi pecho. No siento nada, ni quiero hacerlo. Algo me dice que no podría soportarlo, así que dejo que el vacío me abrace y arrastre a la oscuridad de nuevo.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero me retumba la cabeza y vuelven a pitarme los oídos, aun así, me siento notablemente más cómoda. Lo que rápidamente identifico como sábanas resbala por mi cuerpo envolviéndome suavemente.

Un rítmico pitido mecánico resuena por la habitación al ritmo de mis latidos, todo tiene sentido de repente, sé dónde estoy. Pero ese no es el único ruido que cortaba el silencio. Otro igual de constante retumbaba en la habitación.

De pronto comprendo a quien pertenece el latido y todos mis pensamientos se dirigen inmediatamente a ella. Alice.

La había llamado por la noche mientras lloraba con la cara escondida entre mis rodillas y ella, asustada por mi repentino llanto, no había dudado en ir a buscarme.

Con miedo de lo que podía encontrarme, abro los ojos por primera vez en mucho tiempo y giro la cabeza lentamente.

Por un momento no reconozco quién está postrado a mi lado y me permito el lujo infundado de creer que no es ella. Simplemente no puede serlo. Toda la alegría y el aura de vitalidad propio de ella se ha esfumado, por más que lo intente es imposible ignorar la cantidad de tubos que salen de su cuerpo.

Las lágrimas se deslizan por mis pómulos hasta caer en mis orejas, la llamo, primero suavemente, con delicadeza, como si fuera a romperse si hablo demasiado alto. Comienzo a subir la voz, hasta que mis palabras suenan como gritos desesperados.

Mi madre, alertada por mis chillidos irrumpe en la habitación y salta a mis brazos. Puedo sentir el miedo en su roce, me abraza como si fuera indispensable para poder respirar, como si fuera la primera vez que tomaba aire en mucho tiempo.

Cuando se separa de mí, puedo por fin mirarla con detenimiento, tiene un aspecto deplorable, las ojeras marcadas y el pelo despeinado le da aspecto de no haber dormido en días. Y ahora que lo pienso puede que sea así.

Nos quedamos mirándonos en silencio, sin saber muy bien que decir, simplemente entrelazando nuestros ojos en un pacto intangible, hasta que, sin mediar palabra mi madre se sienta a los pies de la camilla de mi hermana.

Con los ojos aún llorosos, me rindo ante el sueño una vez más.

Han pasado seis meses y mi vida sigue siendo igual de caótica que antes. Oigo a mi madre gritarse con mis tías en la planta de abajo. Por fin es navidad, pero este año no voy a poder pasarlo con mi familia.

Como cada día, salgo de casa con un recipiente de comida en una mano y las llaves del coche en la otra.

Me esperan casi 45 minutos sola en el coche hasta el centro de Boston y se me hace un infierno, cada vez que abro la puerta del coche los recuerdos de aquella noche vuelven a mí.

Yo había discutido con Nick, para no variar, pero tan siquiera podía culparle a él, había pasado tantas veces que no tenía razón para llamarla. Todo era culpa mía al final.

Mientras conduzco, los flashbacks se intensifican, pronto llegan los gritos y el coche de aquél borracho embistiéndonos desde la puerta del conductor. Todo lo que vino después son solo luces y ruido para mí.

Cuando se vuelve demasiado real, me obligo a mí misma a pararme en el arcén, como ya era casi un hábito. Respiro lentamente y diez minutos después arranco de nuevo.

Llego por fin al hospital, donde recorro el camino que ya tengo automatizado. Cada día desde entonces he subido los mismos 156 escalones hasta la tercera planta y entro en la habitación 342.

Mi vida se ha resumido en esto, a veces creo que ya no me pertenece, pagar las facturas, el sistema que mantiene con vida a mi hermana... Noto como me voy perdiendo a mi misma en la espiral de preocupaciones y dolor en la que llevo sumida tanto tiempo. No sé cuánto tiempo podré soportarlo, solo quiero que acabe. Necesito que despierte.

Mientras pienso esto, entro por fin en la habitación de Alice, pero las cosas no están como siempre. El rítmico pitido ha sido sustituido por uno constante, que inunda la habitación. La rodean tres personas alrededor de mi hermana, caras desconocidas que se aferran a ella, que luchan para que sus pulmones y su corazón no se rindan.

Me quedo quieta tratando de procesar lo que está pasando hasta que mis piernas reaccionan por mí. Cuando echo a correr hacia ella, los médicos me arrastran fuera de la habitación. Grito y corro hasta la puerta, intentando abrirme paso a la fuerza sin mucho éxito.

Pierdo la noción del tiempo, pasan los minutos, pero podrían haber sido minutos u horas. Creo que no lo notaría. Me siento en el suelo y me abrazo las rodillas hasta que se abre la puerta de la habitación.

Cuando por fin me dejan pasar, me quedo sola, han apagado todas las máquinas y me enfrento al rostro de lo que un día fue mi hermana, en realidad, me había despedido de ella hacía mucho. No quedaba nada de ella en la habitación.

Puede que ahora, ambas vayamos a descansar en paz, quizás ahora por fin pueda permitirme vivir, aunque duela.

Por primera vez, a pesar de las lágrimas que se deslizaban por mis pestañas y mi respiración irregular, el silencio me transmitió calma.

LA VIDA ES UN ESPEJO

Andrea Rodríguez Álvarez

“Gonzalo Rivada, es tu turno”. Fue lo primero que escuché al atravesar aquella puerta misteriosa que se encontraba delante de mí. Mi cabeza no tardó ni un solo segundo en procesar aquella voz y aquella frase. Reconocí al instante el habla de mi profesor de último año de colegio, por esa época yo tendría unos 13 años e iba a octavo de E.G.B. Manuel Montero daba lengua castellana y literatura, era un hombre de unos 60 años y aunque la diferencia generacional con nosotros era grande, su trabajo era extraordinario. En sus clases, recuerdo perfectamente que nos cautivaba con ejemplos maravillosos, nos enseñaba a querer el lenguaje y la literatura y con humor y genialidad nos explicaba la importancia de escribir bien. “Una coma puede salvar vidas”, recuerdo esa frase como si me la repitiera todos los días. Yo era un chico al que le costaba gran esfuerzo prestar atención a la gramática, siempre he sido un hombre de ciencias, pero él logró que empezase a amar también el arte de las letras y la escritura. Tristemente, sufrió principios de alzhéimer y por su amor a su profesión decidió retirarse antes de que la enfermedad empeorara. Con mucho dolor dejó las salas de clase y prácticamente se fue sin despedidas pues, aseguraba que no quería dar una última clase sabiendo que era la última.

Al oír su voz me vinieron tantos recuerdos que por un momento mi mente se abstraigo completamente. Me devolvió a esa curiosa escena mi propia voz, pero con un timbre bastante más agudo del que yo podía reconocer. Entonces vi a mi yo adolescente, levantándose del pupitre que tan bien conocía y acercándose al frente de la clase mientras miraba a mi alrededor todo aquello que alguna vez juré saberme de memoria.

Al ver la secuencia completa, ya me vino a la cabeza el momento de mi vida al que me había transportado la misteriosa puerta. Se trataba

de una clase especial de literatura. Se acercaban ya las vacaciones de verano en el último curso de colegio y Manuel había decidido mandarnos para los últimos días un trabajo que consistía en redactar una historia y contarla delante de nuestros compañeros.

Cuando me vi ahí, con los ojos llenos de sueños, la esperanza de un futuro brillante y parado delante de toda mi clase donde estaba la chica que me gustaba, mi mejor amigo, algunos excompañeros del fútbol y hasta un grupo con el que nos llevábamos fatal, recordé el momento con nostalgia y melancolía. Las voces de los niños resonaban en mis oídos, devolviéndome por un instante la inocencia perdida y las amistades que el tiempo había desvanecido. Entonces una potente curiosidad salió de lo más profundo de mí y me obligó a quedarme a escuchar el relato.

Érase una vez en un pequeño y lejano pueblo donde había una casa abandonada. Cierta día, un perrito buscando refugio del sol, logró entrar a dicha casa y se topó con una puerta semiabierta. Lentamente se adentró en el cuarto y se dio cuenta que dentro de ese cuarto había mil perritos más observándolo, como él los observaba a ellos.

Así empezaba mi trabajo. Conforme iba escuchando, iba recordando y recreando la historia en mi cabeza, esa casa abandonada existió en su momento. Creo acordarme de que ese cuento me lo inventé a raíz de una tarde que pasé con mi abuelo. Me llevó a ese lugar para darme una enseñanza que en aquel momento no entendí, pero que más tarde sería fundamental para mi vida.

El perrito comenzó a mover la cola y a levantar sus orejas. Los mil perritos hicieron lo mismo. Sonrió y ladró alegremente a cada uno, los mil perritos le sonreían y ladraban alegremente con él. Cuando salió del cuarto pensó: "Que lugar tan agradable. Voy a venir más seguido a visitarlo."

Tiempo después, otro perrito callejero entró el mismo sitio y entro al mismo cuarto. Pero a diferencia del primero, al ver a los mil perritos del cuarto se sintió amenazado, ya que lo estaban viendo de una manera agresiva. Empezó a ladrar y vio como los mil perritos le ladraban también a él.

El perrito salió del cuarto y pensó: "Que lugar tan horrible es este. Nunca más volveré a entrar allí." En el frente de dicha casa había un letrero que decía: "La casa de los mil espejos".

Cuando me quise dar cuenta, mi yo de trece años ya se había vuelto a sentar en su sitio mientras el profesor y los compañeros aplaudían con efusividad. Sin ser consciente de que mis ojos se habían llenado de lágrimas, la cabeza no paraba de lanzarme pensamientos sobre el trasfondo de la historia que acababa de escuchar. Creo que por aquel momento ni siquiera yo entendía el significado real que escondía mi propia historia.

“No eres responsable de la cara que tienes, eres responsable de la cara que pones. Todos los rostros del mundo son espejos. Decide que rostro llevarás por dentro y ese será el que mostrarás al mundo. Las cosas más bellas no se ven ni se tocan, sólo se sienten con el corazón.” Esa fue la moraleja que me dijo mi abuelo el día que me llevo a descubrir la casa que después plasmé en mi historia y sin ser consciente, había conseguido reflejarla a la perfección.

Decidí que había llegado la hora de marcharme y salí por la puerta misteriosa, que se cerró detrás de mí, sumiendo el aula en la penumbra mientras yo esperaba poder volver a abrirla algún día. Comprendí que aquel viaje en el tiempo era efímero, pero valioso. A medida que las imágenes del pasado se desvanecían, yo regresaba al presente con una sensación de gratitud. Había redescubierto un significativo fragmento de mi historia, recordando quién fui y reconociendo quién era ahora.

Caminaba ya hacia casa, con el corazón lleno de recuerdos y una sonrisa en el rostro, bajando por las estrechas callejuelas empedradas del casco antiguo de la ciudad. El sol comenzaba a esconderse tras los edificios de la parte nueva, tiñendo el cielo de tonos cálidos y creando sombras alargadas que se proyectaban sobre las fachadas de las casas. El aire fresco del otoño llevaba consigo el aroma de los árboles y de la cena de alguna de las casas de alrededor que cocinaba con la ventana abierta. Me había pasado la tarde lejos del bullicio de la ciudad, en un sitio conocido como “El refugio de los recuerdos”. La leyenda contaba que quienes se aventuraban a explorar los callejones, encontraban puertas misteriosas que los llevaban a momentos olvidados de sus vidas.

Y eso había hecho yo, había caminado toda la tarde con paso decidido, observando las fachadas desgastadas, algunas hasta con enredaderas que trepaban por las paredes como testigos silenciosos del paso del tiempo. Justo entonces noté una puerta de madera antigua, apenas visible entre dos edificaciones. La puerta, cubierta de musgo y con un pomo de bronce desgastado, parecía esconder

secretos ancestrales y me invitaba a entrar. Un suave resplandor emanaba del interior, invitándome a adentrar en lo desconocido. Y así ocurrió el inexplicable comienzo de esta historia, cuando al cruzar el umbral, me encontré inmerso en un escenario que parecía sacado de mis propios recuerdos.

BACHILLERATO Y CICLOS FORMATIVOS
(Modalidad poesía)

Primer premio

Eco

ECO

Hada Luz Dallazuana Monge

Soledad soy y en viento me convertí.
Solo siento una inmensa soledad en mí
Por errores que en el pasado cometí
No tengo voluntad propia, no hay nada en mí

Condenada a cada palabra repetir,
Mi lengua se mueve para ti.
Zeus, si yo pudiera maldecir
Estarían dirigidas solo a ti.

“¡Eco!” se burlan al entrar,
Riendo siempre porque contesto.
Contestar que obligo, a mi pesar.

“Eco” anuncio y repito.
Muerta es como me siento,
Muerta es como me encuentro.